

infinita leña que junto á ellas estaba se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar; tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego: la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino; y asiendo en brazos Periandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar si el fuego se podía atajar ó no, dijo á Soldino: Señor, guianos á tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto; lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora, la dama francesa, á quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos con los desposados y con la huésped, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaba; las demas gentes del meson, que no habian estado presentes á las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que á cogérles el fuego de noche fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegaron en fin á la selva, donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva oscura; ántes de entrar en la ermita dijo Soldino á todos los que le habian seguido: Estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo ménos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia, y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dejando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y de la cueva.

Viéndose pues Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de despecho, ó ya llevados de su lijera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé á sus amos, y la moza sus arrepentimientos; y así aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galán á pié, dieron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que no todas las acciones verisímiles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no le parezca; con esta máxima pues el que escribió esta historia dice, que Soldino con todo aquel escuadron de damas y caballeros bajó por las gradas de la oscura cueva, y á ménos de ochenta gradas se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las almas; y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo: Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aquí tiene mas fácil, mas llana y mas apacible entrada; yo levanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aquí huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba,

si así se puede decir, tenia, halló aquí á la hartura; aquí en lugar de los principes y monarcas que mandaban en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que aunque altos y pomposos son humildes; aquí no suena en mis oídos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mi mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna; aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad; agora, agora como presente veo quitar la cabeza á un valiente pirata un valeroso manco de la casa de Austria nacido: ¡oh si le viésedes, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando su luengas colas de caballos, abrasando bajeles, despedazando cuerpos y quitando vidas! Pero ¡ay de mí, que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado, el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se debe alabado Carlos Quinto, á quien yo serví muchos años y serviría hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbaba el querer mudar la milicia mortal en la divina! Aquí estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamas me acreditaré contigo) que gozarás de tu Ruperta largos años, y á tí, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; á tí, ó Constanza, subirás de condesa á duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece. Estas señoras francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamas, las muertes que he dicho que he visto ántes que vengan, os podrán mover si quereis á creerme, y mas cuando halleis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé con el bagaje y con la moza castellana se ha ido y os ha dejado á pié: no le sigáis, porque no le alcanzaréis; la moza es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos; español soy, que me obliga á ser cortés y á ser verdadero; con la cortesía os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la experiencia de todo cuanto os he dicho; si os maravillare de ver á un español en esta ajena tierra, advertid, que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mí mas que ninguno: las alquerías, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas; cuando conviene recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida: esta es la que tengo, de la cual pienso salir á la siempre duradera; y por agora no mas, sino vámonos arriba, darémos sustento á los cuerpos como aquí abajo le hemos dado á las almas.

CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino; prosiguen su jornada pasando por Milan, y llegan á Luca.

Aderezóse la pobre, mas que limpia comida, aunque fué muy limpia, cosa no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entónces de la isla bárbara y de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazoados, y ya no, frutos de los árboles: tambien se les vino á la memoria la profecía falsa de los isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del jdraque, y últimamente con las del español Soldino, pareciales que andaban rodeados de adivinanzas y méidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que á no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino, para despedirse dellos, y en él echaron ménos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagaje, cuya falta no dió poca pesadumbre á los cuatro, porque les faltaba el dinero y la reposteria; mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dijo que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque otro dia volveria su criado arrependido del hurto, y entregaria cuanto habia llevado; creyéronlo, y así no curó Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció á Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados; y esto fué pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atrevió Feliz Flora á crear la cantidad del valor de la prenda; pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante dellos hasta ocho personas á caballo, entre las cuales iba una mujer sentada en un rico sillón y sobre una mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro; pasaron por delante dellos, y con bajar las cabezas, sin hablar palabra alguna, los saludaron y pasaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron; quedábase atrás uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesía un poco de agua: diéronsele y preguntáronle qué gente era la que iba allí delante, y qué dama la de lo verde. A lo que el caminante respondió: El que allí adelante va es el señor Alejandro Castrucho, gentilhombre capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles; la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde dejó enterrado á su padre, por cuya muerte su tío la lleva á casar á Capua, y á lo que yo creo, no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mí tengo, que no hay mujer que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que va triste, y la causa ella se la sabe; y adios quedad, que es mucha la

ventaja que mis dueños me llevan; y picando aprieta se les fué de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dejaron. Olvidábase de decir, cómo Soldino habia aconsejado á las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque así les convenia: este consejo fué para ellas, como si se le dijera un oráculo, y así con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba, vieron venir hácia ellos al tenido por ladrón, Bartolomé el bagajero, detras de su bagaje, y él vestido como peregrino; todos gritaron, cuando le conocieron, y los mas le preguntaron qué huida habia sido la suya, qué traje aquel y qué vuelta aquella. A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió á todos: Mi huida no sé cómo fué, mi traje ya veis que es de peregrino, mi vuelta es á restituír lo que quité y sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia quitado por ladrón; aquí, señora Constanza, viene el bagaje con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó; y es lo peor que lo conozco, y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; écheme vuesa merced su bendicion, y déjeme volver, que me espera Luisa; y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza, mas que en la lijereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito, muchas le dijo Auristela y muchas mas Constanza y Antonio; pero todo fué, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto: limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagaje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dejando á todos admirados de su amor y de su simpleza. Antonio, viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamas la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una mujer loca. Bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos, y finalmente la agudeza del ingenio de sus moradores: oyeron decir á un huésped suyo, que lo mas que habia que ver en aquella ciudad, era la academia de los entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas y por todas las partes del mundo; dijo tambien, que aquel dia

era de academia, y que se había de disputar en ella si podía haber amor sin celos. Si puede, dijo Periandro; y para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé qué es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dijo Belarminia: No entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está, replicó Auristela, en que el querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer á una criada que os sirve, ó á una estatua ó pintura que bien os parece, ó que mucho os agrada, y estas no dan celos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasión del ánimo, como dicen, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen á quitar la vida, del cual temor á mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningún amante que esté en posesión de la cosa amada, que no tema el perderla; no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes, no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna; y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino no lo estorbaba, quizá mostrara yo hoy en la academia, que puede haber amor sin celos, pero no sin temores: cesó esta plática, estuvieron cuatro días en Milan, en los cuales comenzaron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver no dieran tiempo cuatro años; partiéronse de allí, y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debajo de alas del imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean: allí mejor que en otra parte ninguna son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante; aquí aconteció á nuestros pasajeros una de las más extrañas aventuras que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPITULO XX.

De lo que contó Isabela Castrucho acerca de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados, en una de las cuales se alojó nuestro escuadrón, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, para que á la mañana, ó cuando se partiesen, la había de dar dellos; al entrar vió la señora Ruperta que salía un médico, que tal le pareció en el traje, diciendo á la huéspeda de la casa, que también le pareció no podía ser otra: Yo, señora, no me acabo de desengañar, si esta doncella está loca ó endemoniada, y por no errar digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tío no se da prisa á partirse. ¡Ay Jesus! dijo Ruperta, y en casa de endemoniados y locos nos apeamos; en verdad que si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro; á lo que dijo la huéspeda: Sin escrúpulo puede vuesa señoría, que este es el merced de Italia, apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada; apeáronse todos, y Auristela y Constanza, que habían oído las razones de la huéspeda, le preguntaron qué había en aquella posada, que tanto encarecía el verla. Vénganse conmigo, respondió la

huéspeda, y verán lo que verán, y dirán lo que yo digo; guió, y siguiéronla, donde vieron echada en un lecho dorado á una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis ó diez y siete años: tenía los brazos apados y atados con unas vendas á los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querían estorbar el moverlos á ninguna parte; dos mujeres, que debían de servirle de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas también, á lo que la enferma dijo: Basta que se me aten los brazos, que todo lo demás las ataduras de mi honestidad lo tienen ligado; y volviéndose á las peregrinas, con levantada voz dijo: Figuras del cielo, ángeles de carne, sin duda creo que venis á darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan cristiana visita no se puede esperar otra cosa: por lo que debéis á ser quien sois, que sois mucho, que mandéis que me desaten, que con cuatro ó cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta, y no me haré más mal; porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dejará que me muera. Pobre de tí, sobrina, dijo un anciano que había entrado en el aposento, y cuál te tiene ese que dices que no ha de dejar que te muerdas; encomiéndate á Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tío, que bien te quiere; lo que cria el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra, te traere, que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: Déjenme sola con estos ángeles, quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos; y señalando con la cabeza que se quedasen con ella Auristela, Constanza, Ruperta y Feliz Flora, dijo que los demás se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tío, del cual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio español habían visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atrás les dijo que se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba á casar al reino de Nápoles.

Apénas se vió sola la enferma, cuando mirando á todas partes, dijo que mirasen si había otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen; mirólo Ruperta, y escudriñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos: con esta seguridad, sentóse Isabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que quería hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma, el fin del cual fué tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada con señales tan de muerte, que obligó á los circunstantes á dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que á mas andar se iba al otro mundo; entró el mísero tío, llevando una cruz en la una mano, y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban della. Entró asimismo la huéspeda con el agua, rociáronle el rostro, y volvió en sí diciendo: Excusadas son por agora estas prevenciones: yo saldré presto, pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando á mí me parezca, que será cuando viniere á esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, el cual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado destes sucesos. Todas estas

razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinión que tenían de estar Isabela endemoniada, porque no podían pensar cómo pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quién fuese, y su hijo Andrea, y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada dél y de su hijo había dicho. Tornó á pedir que la dejasen sola con los que ántes había escogido; dijéronle los sacerdotes los Evangelios, y hicieron su gusto, llevándole todas de la señal que había dicho que daría cuando el demonio la dejase libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y cerrando la puerta della, dijo á la enferma: Solas estamos: mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden; hicieronlo así con mucha diligencia, y sentándose Isabela en el lecho, asíó de la una mano á Auristela y de la otra á Ruperta, y hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho, y así apiñadas en un hermoso montón, con voz baja y lágrimas en los ojos dijo:

Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los cielos algún tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací y me crié en casa deste mi tío que aquí está, que en la corte del Emperador la tenía. ¡Válame Dios! ¿y para qué tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras? Estando pues yo en casa deste mi tío, ya huérfana de mis padres, que á él me dejaron encomendada y por tutor mio, llegó á la corte un mozo, á quien yo vi en una iglesia, y le miré tan de propósito... y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá, si consideráredes que soy mujer; digo, que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podía estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no podía apartarla de mi memoria; finalmente, no me faltaron medios para entender quién él era y la calidad de su persona, y qué hacía en la corte, ó dónde iba, y lo que saqué en limpio fué que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca; en seis días que allí estuvo, tuve orden de escribirle quién yo era y la mucha hacienda que tenía, y que de mi hermosura se podía certificar viéndome en la iglesia; escribíle asimismo, que entendía que este mi tío me quería casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condición, como es verdad; dijele asimismo, que la ocasión en mí le ofrecía sus cabellos, que los tomase, y que no diese lugar en no hacello al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasión para no estimarme; respondió, después de haberme visto no sé cuantas veces en la iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaba durase firme algún tiempo en mi amorosa intención, lo ménos hasta que él dejase en Salamanca á un amigo suyo, que con él desta ciudad había partido á seguir el estudio; respondíle que sí haría, y que me suplicaba durase firme; dejome entonces por honrado, pues no quiso

faltar á su amigo, y con lágrimas como enamorado, que yo se las vi verter, pasando por mi calle el día que se partió, sin dejarme, y yo me fui con él sin partirme: otro día; ¿quién podrá creer esto! ¿qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar mas presto á los desdichados! digo, que otro día concertó mi tío que volviésemos á Italia, sin poderme excusar ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacían sana; mi tío no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme; en este tiempo le tuve para escribir á Andrea de lo que me había sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraría pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dejar á Salamanca y venir á Luca, adonde á pesar de mi tío y aun de todo el mundo sería mi esposo; así que, en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya, si quería mostrarse agradecido; si las cartas llegaron á sus manos, que si debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas, ántes de tres días ha de estar aquí; yo por mi parte he hecho lo que he podido: una legión de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, cuando la esperanza desde léjos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mías, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre, porque espero hartura; pero con todo eso la desconfianza me persigue, porque, como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano*. Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira y fortalezcáis mis discursos, haciendo con mi tío, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos días, quizá permitirá el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No habrá para qué preguntar si se admiraron ó no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiración para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus discursos, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues á buena razón no podía tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Llega Andrea Marulo; descúbrense la ficción de Isabela, y quedan casados.

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucho á revallidar su demonio, y priesa se daban las cuatro ya sus amigas á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podían de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quién es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, volvió el médico á hacer la segunda visita, y acaso trajo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dijo: Vea vuestra merced, señor Juan Bautista Marulo, la última desta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande esparciendo el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es, que nos ha dicho que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Así me lo han dicho respondió el señor Juan Bau-

tista, y holgárame yo que cosas mías fuesen parainfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dijo Isabela, que si no fuera por mí él se estuviera agora quedo en Salamanca haciendo lo que Dios se sabe. Creame, señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y ménos estudiante que galán; que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja y los acicates que no son puntiagudos y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas; con estas fué ensartando otras razones equívocas, conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera las entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstancias; ellas las interpretaban verdaderamente, y los demas como desconcertados disparates. ¿Dónde vistes vos, señora, dijo Marulo, á mi hijo Andrea? ¿fué en Madrid ó en Salamanca? No fué sino en Illescas, dijo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas veces se rascan; que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, malino, dijo el médico; bien parece que eres viejo; y esto encaminando sus razones al demonio que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo; estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaba, entró el tío de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: Albricias, sobrina mía, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente. Ea, dulce esperanza mía, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que leves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adónis, y déme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de sus padres le habian dicho la enfermedad de la extranjera Isabela, y de cómo le esperaba para darle por seña de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca de lo que habia de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra; con este alboroto y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dijo el médico, y aun su mismo padre: Tan demonio es este como el que tiene Isabela; y su tío dijo: Esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dijo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de estar, dijo Isabela, si

me ve á mí? ¿No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Si por cierto, dijo Andrea, si que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mía, y sacadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecios, dame esa mano de esposo y recíbeme por tuya: tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dijo: Bien se la pueden dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tío de Isabela, y trabó de la de Andrea, y dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿Úsase en este pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dijo el médico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dijo el tío de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le daremos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa. No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de dármele; y diciendo esto tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos síes quedaron indubitablemente casados. ¿Qué es esto? dijo Castrucho, otra vez aquí de Dios, ¿cómo, y es posible que así se deshonren las canas deste viejo? No las puede deshonrar, dijo el padre de Andrea, ninguna cosa mía: yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie; no entro ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos; que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años, y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y cuando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajitas á las mas consideradas; pero mírese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dijo Andrea, y lo mismo dijo Isabela, oyendo lo cual su tío, se le cayeron las alas del corazón y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, vueltos los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parassimo; lleváronle sus criados al lecho, levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea á casa de su padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entraron por la puerta de una iglesia un niño hermano de Andrea Marulo á bautizar, Isabela y Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tío, porque se vean cuán extraños son los sucesos desta vida; unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran:

con todo eso se puso luto Isabela, porque esta que llamaman muerte mezcla los tálamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Cuatro dias mas estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasa-

jeros, que fueron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Dase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela.

DISPUTÓSE entre nuestra peregrina escuadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valedero, á lo que Periandro muchas veces dijo que sí, cuanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que á él le habia descontentado, era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tío; unas veces trataban en esto, y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado: andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquiriendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian por saber quién fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las vieron fueron dellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Acupendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló á Auristela desta manera: Bien sabes, ó señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dejar nuestro regalo, fueron tan justas como necesarias: ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesion esperada; mira, señora, que será bien que des una vuelta á tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendrò entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas; de mí te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa del rey mi padre viste: aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y así le dijo: Sola una voluntad, ó Persiles, he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío, la cual tan entera y firme está agora como el primer día que te hice señor della; la cual si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado: de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas; pero dime, ¿qué harémos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Léjos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodida-

des; no digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo, porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco ménos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola; pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, cómo no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della desde el principio hasta el cabo; así yo no puedo responderte agora lo que harémos despues que la buena suerte nos ajunte; rómpace agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan y hatos que nos encubran; que á gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen; no nos faltará medio para que mi madre la Reina sepa dónde estamos, ni á ella le faltará industria para socorrernos; y en tanto esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán á darnos ayudas, sino que temo que al deshacernos dellas se ha de deshacer nuestra máquina; porque ¿cómo se ha de crear que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demas compañía, cesó su plática, que fué la primera que habian hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamas dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase, y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habian conocido: solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada ántes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así puede llamarse: estando todos sentados á una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo: Este traje de peregrino que he visto, el cual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me obliga á que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros y los mas maduros en él de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos